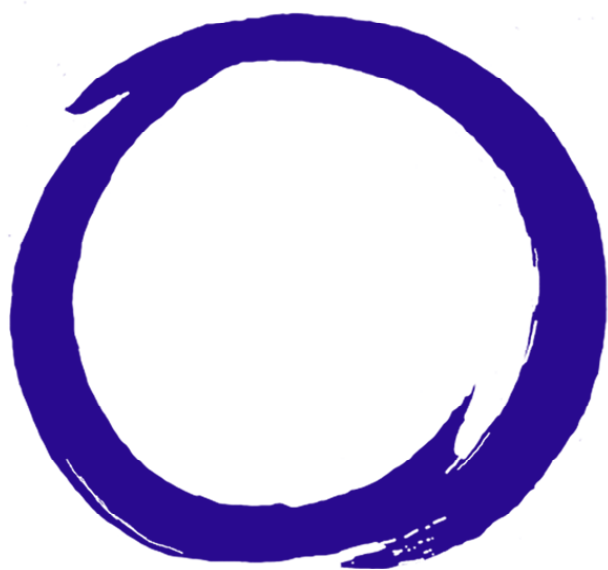


Ivan Bunin primavera eterna



Maldoror ediciones



IVAN BUNIN

PRIMAVERA ETERNA

Traducción:

Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Nesrochnaia vesna

Ripol Klassik, 1999

© Primera edición: 2010

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-82-1

MALDOROR ediciones, 2010
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

PRIMAVERA ETERNA

... Y después, querido amigo, me ocurrió un acontecimiento que acabó por marcarme profundamente: en el mes de junio, fui a provincias con el fin de visitar a una de mis amistades que vive en el campo. No ha mucho, aún lo recuerdo, era frecuente viajar de esta manera, y supongo que ocurre lo mismo entre vosotros, en Europa. ¿Pero para qué comparar? Actualmente, en Rusia, es una verdadera hazaña recorrer doscientas o trescientas verstas: la menor distancia parece infranqueable, como en tiempos de Moscovia, y los humildes de Moscú, de escasos medios, apenas pueden ya viajar. En efecto, han aflojado las clavijas y ahora disponemos de toda clase de libertades nuevas que jamás hubiésemos podido soñar; pero no olvides que todo esto es muy reciente.

En una palabra, un buen día volví a sentir algo que hacía mucho tiempo no experimentaba: tomé un fiacre para ir a la estación. En

una de tus cartas, me has hecho comprender entre líneas que habías encontrado “acongojante” el espectáculo que ofrece actualmente la ciudad de Moscú. Pues sí, Moscú se ha vuelto muy fea -me decía-, mientras rodábamos hacia la estación en aquel fiacre salido del fondo del tiempo; además, me cobraron una suma astronómica por una carrera que antaño hubiera costado veinte kopeks; yo observaba las calles con la mirada limpia del viajero que ha partido a la aventura. ¡Qué invasión de gente de rasgos orientales! Cuánto trapicheo en las aceras, a escape -un verdadero “desmadre”, para emplear ese lenguaje hortera que, en este momento, está tan de moda entre nosotros. ¡Cuántas casas demolidas y calles socavadas! Algunos árboles todavía enhiestos se obstinan en crecer. Las plazas ante las estaciones son un inmenso bazar donde alguien compra o vende algo; atraen a un gentío marginal de especuladores,

de ladrones, de putas, de figone-
ros ambulantes que venden cual-
quier porquería. En las estacio-
nes, se restablecieron las dife-
rentes clases para los buffets y
las salas de espera, pero esos
lugares de acogida son, por ahora,
infectos cuchitriles. Hay empujo-
nes por todas partes, ¡se ven tan
pocos trenes! Procurarse un bille-
te es una ardua tarea llena de
formalidades y minucias, y cuando
finalmente se trata de subir al
tren -un viejo tren botijo con
ruedas carcomidas por la herrum-
bre-, eso puede considerarse ver-
daderamente como una proeza. Así,
pues, son muchos los viajeros que
sitian la estación la noche de la
víspera para estar al pie del
cañón.

Por mi parte, llegué sólo dos
horas antes de la salida del tren,
lo cual era muy imprudente porque
estuve a punto de quedarme sin
billete. Finalmente la situación
se desbloqueó mal que bien
(mediando una propina, por supues-

to); pude conseguir mi billete, subir al tren e incluso encontrar un sitio en un banco y no en el suelo. El tren arrancó, Moscú desapareció en la lejanía detrás de mí, y vi desfilan los paisajes que había olvidado: campos, bosques, pueblos que recuperan su humilde vida de antaño tras la loca y ruinosa orgía que Rusia se ha ofrecido. Pronto los ojos comenzaron a parpadear, las cabezas a mecerse, y los mozos que poco antes había visto subir al asalto del vagón estaban ahora casi todos roncando, con la boca abierta. Frente a mí iba un campesino de deslucido pelo castaño, alto, muy seguro de sí mismo. Al principio, fumaba y escupía sin pausa en el suelo, aplastando sus escupitajos con la punta de su bota y haciéndola crujir. Después sacó del bolsillo de su gabán una botella de leche que se puso a beber a grandes tragos, interrumpiéndose sólo para respirar. Tras vaciar la botella, se retrepó en su asiento y, echado

contra el duro respaldo, se puso también a roncar; el hedor que se desprendía de toda su persona me volvió como loco. No pudiendo soportarlo, abandoné mi sitio para permanecer de pie en la plataforma del vagón. Me encontré allí con alguien a quien no veía desde hacía cuatro años: un viejo profesor de universidad, antaño muy rico; le costaba guardar el equilibrio, a causa de las sacudidas del tren; apenas pude reconocerle, tanto había envejecido; podríamos decir un anciano en peregrinaje a los lugares santos. Sus zapatos, su abrigo, su sombrero estaban aún más deslucidos que los míos. No se había afeitado desde hacía lustros y sus griseos cabellos caían sobre sus hombros en mechones sueltos; llevaba en la mano una bolsa de tela gruesa, una segunda bolsa estaba posada a sus pies. “Vuelvo a mi casa, al campo -me explicó-, me han concedido una parcela en mi antiguo dominio, y ahora, sabe, ya me he acostumbrado a vivir con

poco, como el amigo moscovita al que usted va a ver; trabajo con mis manos para asegurar mi sustento, pero cuando tengo un momento libre lo dedico a ese gran trabajo de historiador que no ha mucho había emprendido y que debería, creo, abrir nuevas perspectivas a la investigación histórica...” El disco argentado del sol discurría bajo, tras los troncos, tras el bosque. Al cabo de una media hora mi historiador descendió en una pequeña estación, y pude ver cómo se alejaba renqueando con sus bolsas a lo largo del paseo de verdinosos abedules, en el aire fresco del crepúsculo. Yo llegué a mi destino a la caída de la noche, pasadas las diez. Y como el tren llegó con retraso, el campesino que había venido a buscarme se volvió a marchar tras haberme esperado en vano. ¿Qué hacer? ¿Pasar la noche en la estación? Era inútil pensar en eso, pues echan el cierre; de todas formas, abierta o cerrada, carece de ban-

cos y asientos -"¡ahora, querido, ya no hay señores!"- y es poco agradable dormir en el suelo incluso para un ciudadano "soviético". En cuanto a encontrar allí a un campesino disponible, es actualmente un intento que está condenado al fracaso. Charlé durante un rato con un mujik que estaba sentado cerca de la puerta de la estación, que esperaba con un aire moroso e indiferente el tren nocturno para Moscú. Hizo un gesto desilusionado con la mano.

- ¡Quién se atreve ahora a aventurarse por los caminos! Ya no hay caballos, ni personal... Sólo las ruedas, y eso cuesta una fortuna, es horrible...

Le pregunté:

- ¿Y si fuese a pie?

- ¿Va lejos?

Le di el nombre del lugar.

- Desde aquí -dijo- hay que contar una veintena de verstas, no más. Se puede intentar.

- ¿Eso cree? -protesté; ¿a pie, a través del bosque?

- ¡Claro que sí! ¡Por supuesto que se puede hacer!

Y se puso a contarme que la primavera última dos viajeros habían alquilado en el pueblo los servicios de un campesino y que todos habían desaparecido sin dejar rastro:

- No encontraron nada: ni a los viajeros, ni al campesino, ni al caballo, ni el carruaje... Y nunca se supo quién dio el golpe... Ahora, ¡ya nada es como antes!

Evidentemente, después de ese relato, se me habían quitado las ganas de pasar la noche en camino. Decidí esperar hasta la mañana y buscar un alojamiento no lejos de la estación, en una posada -“hay dos”, había precisado el mujik. Pero ninguna me quiso alojar. “Té, todo el que quiera”, me respondieron en una de las posadas. Así, pues, me tomé el té, una especie de tisana repugnante, sin apurar el tiempo, en una pieza miserablemente iluminada. Insistí de nuevo:

- Déjeme al menos pasar la noche en la escalinata.

- Ni lo piense, ¡es poco confortable!

- ¡Eso será mejor que aventurarme al camino!

- ¿Está armado?

- ¡Puede cachearme, si quiere! Y di vuelta a mis bolsillos y desabroché todos mis botones.

- Bueno, está bien; si se lo pide el corazón, puede quedarse en la escalinata. Desde luego, a esta hora, nadie en el pueblo le abrirá la puerta, y además todo el mundo duerme...

Salí y me senté en la escalinata; pronto las luces se apagaron -hacía tiempo que la posada contigua estaba sumida en la oscuridad -y se hizo noche cerrada, y con ella llegó el silencio y el sueño... Pero a mí que no podía dormir, ¡qué larga me pareció aquella noche! En la lejanía celeste, la media luna velada comenzaba a descender tras los negros contornos del bosque. Acabó

por desaparecer, y en el espacio que había abandonado temblaba ahora el destello de un relámpago de calor...

De vez en cuando, invadido por el cansancio de aquella postura -pues estaba sentado-, iba a desentumecer las piernas por el camino que blanqueaba vagamente ante la escalinata; después volvía a sentarme y fumaba tabaco fuerte, tenía el estómago vacío... Eran cerca de las dos cuando oí en el camino un chirrido de ruedas, un choque de cubos contra los ejes: un carruaje se acercó a la posada contigua, se detuvo; alguien comenzó a golpear en el cristal con pequeños toques furtivos y convenidos. El patrón, descalzo, arriesgó una mirada por la puerta entreabierta antes de sacar con precaución la espeluznante cabeza; reconocí entonces al anciano que, por la noche, me había negado el alojamiento con una increíble brutalidad; dio comienzo entonces un tráfico misterioso e interminable;

arrastraban fardos por el suelo -me parecieron pieles de cordero- que no tardaban en apilar en el carruaje del visitante; la escena estaba iluminada por relámpagos cada vez más violentos que abarcaban el bosque, las isbas, el camino. Soplaban un viento fresco y se oían rodar en la lejanía los amenazadores truenos. Yo permanecí allí, sentado, maravillado. ¿Recuerdas las tormentas nocturnas que teníamos en Vassilievskoie? ¿Recuerdas cómo asustaban a toda la gente de casa? Pues bien, imagínate que ahora no me dan ningún miedo, y hasta te diré que esa noche, en la escalinata, contemplaba con una jubilosa fascinación aquella reluciente tormenta seca que no llegaba a estallar. Finalmente, me sentí a pesar de todo terriblemente cansado por aquella larga vigilia, y mi exaltación comenzó a decaer: ¡ciertamente no me veía recorriendo veinte verstas a pie tras una noche sin dormir!

Pero al romper el día, cuando las nubes que se cernían sobre el bosque comenzaron a palidecer, a disiparse, y el paisaje recobró su aspecto ordinario, la suerte me sonrió de manera inesperada. Una calesa pasó por el camino que llevaba a la estación. La patrona de la posada, que acababa de levantarse, la vio a través de la ventana y me dijo que la calesa conducía al tren de Moscú al comisario encargado de administrar el antiguo dominio de los príncipes D. Ese dominio se encontraba exactamente en el rincón a dónde yo tenía que ir. Así, pues, cuando el cochero volvió a pasar de regreso de la estación, salí a su encuentro; no puso ningún inconveniente en trasladarme sino que, más bien al contrario, parecía encantado de prestarme ese servicio. Era un buen hombre, de extrema amabilidad, un apacible gigante con corazón de niño; durante todo el trayecto, no hacía más que repetir: “¡Dios mío, vivir para ver esto!

¡Qué pena!” Sin embargo, salía el sol, y el blanco caballo de grandes ancas, ligeramente agotado, caprichoso y sordo por mor de la edad, tiraba alegremente de la calesa a través del bosque -una calesa tan vieja como él, pero que me parecía maravillosa, tranquila como una cuna. ¡Hacía tanto tiempo, sabes, que no había viajado en calesa!

El amigo que me recibió por unos días en su casa vive en este bosque. Es un personaje curioso en muchos aspectos: un autodidacta que consiguió un cierto nivel de instrucción, un ciudadano que hasta el año pasado siempre había vivido en Moscú; pero la actual ciudad le asqueó tanto que lo dejó todo para irse a vivir a su campo natal, a las tierras que antaño pertenecieron a su familia. Más de una vez me invitó a su casa para descansar de la capital: “es todo tan bello aquí”, me escribía. Pues bien, nada me ha decepcionado, el lugar es paradisíaco. Imaginad una

región encantadora, llena de contrastes y tranquila, al margen de la Historia, como si nunca hubiese sucedido nada importante, ni los acontecimientos recientes, ni la abolición de la servidumbre, ni la invasión de los franceses; en torno, bosques hasta perderse de vista, solitarios y ensimismados, una calma impresionante. Abundan los bosques de coníferas, sombríos y sonoros. Perdiéndome al anochecer entre sus arboledas, me parecía ver, más allá del tiempo pasado, más allá del tiempo más remoto, el hálito de la eternidad. Aquí, el crepúsculo se reduce a unos jirones de luz amaranto que se encienden tras las cimas y que después, lentamente, se apagan. Las agujas al rojo vivo durante el día mezclan sus esencias balsámicas con las humedades salpimentadas que ascienden de las hondonadas cenagosas y del estrecho río, cuyos secretos meandros se cubren por la noche de fríos vapores. Entonces los pájaros enmudecen y

se hace un silencio de muerte. Sólo la ronda crepuscular de un vuelo de chotacabras ronronea regularmente, como una rueca que se devana. Cuando cae la noche con su cortejo de estrellas sobre los pinos, entonces brota de todos los rincones del bosque el ronco canto de los enormes búhos que se estrangula en espasmos de una dolorosa voluptuosidad; hay en ese canto acentos de un salvajismo intemporal donde el trance amoroso, la tensa espera del coito estallan como una risa y como un sollozo ante el vértigo de la nada. Así, a la caída de la noche, erré a través del bosque, acunado por la ronda encantada de los chotacabras; de noche, sentado en la escalinata, escuchaba el ulular de los enormes búhos; en lo tocante a los días, los pasaba visitando el mundo maravilloso de lo que antaño fue un dominio principesco -digo "antaño", pues ninguno de los herederos ha sobrevivido... Pero su mansión, suntuosa, aún sigue en pie.

Los días eran cálidos y soleados. El camino que tomaba para ir al dominio atravesaba una vez zonas de luz y otras de sombra; seguí primero una senda arenosa donde flotaba la fragancia espesa y azucarada de las coníferas, después bordeé el río y sus cañaverales, asustando a mi paso a los martín pescador; en ocasiones me detenía para contemplar ora las capas de agua descubiertas, tapizadas de nenúfares blancos e invadidas de libélulas, ora los rápidos sombríos cuya agua fluía limpia como una lágrima aunque diese la impresión de ser negra; pequeños peces saltaban como plateados relámpagos, estúpidas cabezas verdes abrían desmesuradamente los ojos... Atravesé finalmente un viejo puente de piedra y me encaminé a la principesca mansión. Por suerte, el dominio estaba intacto, había escapado al pillaje y aún conservaba todo el ornamento que distingue a ese clase de propiedad. Había allí una iglesia

construida por un célebre arquitecto italiano, con bellos estanques, y en una isleta, en medio de un lago denominado lago de los Cisnes, un pabellón; era ahí donde se ofrecían las recepciones en honor de la gran Catalina cuando venía al dominio; más lejos se abren tenebrosas alamedas, bordeadas de abetos y pinos tan gigantescos que podemos perder nuestro sombrero mirando hacia las copas donde anidan milanos y enormes pájaros negros con penacho de plumas. Igualmente, el arquitecto italiano edificó la mansión -o más bien el palacio. Había llegado exactamente ante la monumental puerta de piedra que dominan dos leones con aire adormecido y despectivo; aquí y allá hierbajos, la hierba del olvido; la mayor parte del tiempo me encaminaba sin rodeos hacia el palacio; en el hall, monta guardia un chino manco, sentado todo el día en un desvencijado sillón cubierto de satin, con un corto fusil sobre las rodillas;

pues sí, querido, eso es, el palacio acabó por convertirse en un museo, "patrimonio nacional", entonces, ¿no?, hay que vigilarlo. No hay como un chino para acomodarse a una función tan absurda, en lugares completamente desiertos, es casi alucinante. Pero este pobre lelo de manco, de piernas cortas y rostro de amarillosa madera, no tenía cura y continuaba, impasible, fumando su horrendo tabaco; con la mirada velada, observaba mi paso, maullando a veces algunas palabras con indiferencia, con una lastimera voz de mujer.

- No le tenga miedo, señor -me advirtió el cochero, como si se tratase de un perro-; voy a prevenirle, no le hará nada.

Efectivamente, el chino no me hizo nada. Pero si le hubiesen dado la orden de ejecutarme, puedes estar seguro de que hubiera obedecido sin la menor vacilación. Dispensado de esa tarea, se contentó con arrojarme una mirada adormecida, y

pude entonces explorar a mi aire el palacio durante horas enteras como si estuviese en mi casa. Me desplazé por las distintas salas, absorbido en mi contemplación, en mi ensoñación... Miraba los techos rutilantes de dorados y blasones, adornados con máximas latinas, los brillantes suelos donde se reflejaban preciosos muebles -si supieses hasta qué punto he perdido la costumbre de las cosas bellas, ¡y hasta de la limpieza! Aquí o allá, no dejaba de maravillarme ante ciertos objetos: un lecho de madera oscura coronado por un dosel de satin rojo, un cofre veneciano que al abrirlo desgranaba una musiquilla dulce y misteriosa, un reloj de carillón que ocupaba una consola, un órgano medieval. Por doquier me miraban fijamente los bustos, las estatuas, los retratos, los retratos... ¡Dios mío, qué bello porte tienen las mujeres en estos cuadros! ¡Y los hombres también, con uniformes, con jubones, con pelucas y adornos de dia-

mantes, ¡con destellantes miradas de azur! La gran Catalina es con diferencia la más esplendente y majestuosa. ¡Con qué benévola alegría reina, soberana, entre esos afamados personajes! En el pequeño escritorio de un gabinete, llama la atención un objeto ciertamente insólito: se trata de un trozo de madera ornamentado con un dorado disco en el que hay grabada una inscripción: así, podemos saber que se trata de los restos de un naufragio del buque insignia “San Evstafii”, que naufragó durante la batalla de Tchesmé para “mayor gloria y honor del Imperio ruso...”.

Esas palabras tienen hoy una divertida resonancia, ¿no?

También recorrí con frecuencia las salas abovedadas de la planta baja, donde se encuentra la biblioteca: tú conoces mi pasión por los libros. Estas piezas son frescas y sombreadas; a través de las ventanas protegidas por robustas rejas de hierro se puede ver,

como hace cien o incluso doscientos años, el verdinoso estremecimiento de los zarzales y la chispeante luz del día. En los estantes que hay en las sólidas paredes destellan los cantos dorados de numerosos libros -decenas de miles, casi toda la herencia del pensamiento ruso y europeo de estos dos últimos siglos. En una sala hay un enorme telescopio, en otra un gigantesco planetarium; en las paredes se alinean retratos (¡más retratos!) y raros grabados. Al hojear un libro de áspero papel, de principios del siglo XIX, caí sobre estos versículos:

*Apacigua mi alma rebelde
Y no despiertes las pasiones,
No me atormentes, pastor,
Deja ahí tu caramillo.*

Me gusta la cadencia de estos versos antiguos, su sonoridad, su sensibilidad graciosa y discreta. Ahora que un gran "desmadre" ha sucedido a la gloria y el honor

del Imperio ruso, nuestros poetas se expresan de manera muy diferente: “*El sol, como el charco de orina de un jumento...*” En otro instante, descubrí la primera edición de los poemas de Baratynski, y el que sigue es el pasaje que me saltó a vista, como a propósito:

*¡Así es! El pasado se desvaneció
[como un sueño efímero,
Pero desde el fondo de tu caída
[aún resplandeces, oh Elíseo,
Y tu soberano encanto
Todavía atormenta mi alma...*

Antes de regresar a Moscú, me fui a ver la iglesia del dominio, antes célebre, levantada en pleno bosque al borde de un barranco. Tiene forma redonda, color pajizo, y el oro de su cúpula brilla alto en el azur del cielo. En el interior las columnas de mármol marfileno que sostienen la fina cúpula dibujan una rotonda inundada de luz. La pared del deambulatorio, detrás de las columnas, está

cubierta de frescos que representan figuras de santos a los cuales los artistas les han prestado los rasgos estilizados de personas enterradas en el túmulo familiar bajo la iglesia. Por las estrechas ventanas podemos ver las copas enredadas de los pinos, que nacen en el barranco con una fuerza salvaje; se balancean al viento y su rumor llega hasta aquí. Descendí en la oscuridad profunda de la cripta; la roja llama de mi pabilo alumbró enormes sepulturas de mármol, grandes candelabros metálicos, y despertó el dorado rugoso de los mosaicos de las bóvedas. Un frío de ultratumba rezumaba de aquellos lugares. ¿Estaban bien allí, yaciendo a algunos pasos bajo tierra, aquellas triunfantes bellezas de ojos de azur que tanto admiré en las salas del palacio? Me negaba a admitirlo... Volví a subir a la iglesia y durante largo tiempo contemplé por las estrechas ventanas la agitación inquieta y adormecedora de los pinos. Esta

construcción, olvidada y desierta para siempre, exilada en un fúnebre silencio, resplandecía dolorosamente bajo la caricia de la brisa estival que la rodeaba con su canto, como hace cien años, como hace doscientos años. Y yo, único fiel en este santuario luminoso y muerto, tenía la impresión de ser el huérfano de un mundo perdido. ¿Quién hubiese podido estar aquí conmigo? ¿No soy yo mismo un favorecido por el milagro, un rescatado del pavoroso cataclismo que se tragó brutalmente al Imperio ruso y con él a cientos de miles de vidas humanas? ¿Se vio alguna vez semejante naufragio?

Esa fue mi última visita. A la mañana siguiente, partí...

Y ahora, como puedes ver, estoy de regreso en Moscú. Hace más de un mes que he vuelto, pero aún sigo bajo el *shock* de las fuertes impresiones recibidas de manera tan extraña en el transcurso de ese viaje. Creo que ya no me abandona-

rán. Descubrí allí con cegadora evidencia lo que desde tiempo ha presentía en lo más íntimo de mí. Y no veo nada que pueda, incluso a largo plazo, evitar la certeza que he adquirido: el pasado ya no volverá, los chantres de la vida nueva tienen razón al decirlo. El orden nuevo reina por todas partes como amo, ya ha entrado en las costumbres. Por mi parte, siento permanentemente cómo ceden, cómo se rompen los pocos lazos que hubiesen podido atarme a ese mundo nuevo, me alejo cada vez más para caer en el universo íntimo que me es familiar desde siempre, desde mi más tierna infancia, desde mi nacimiento, e incluso, puedo decirlo, que me era familiar antes de mi nacimiento; me refugio en el “Elíseo del pasado” como en una especie de sueño despierto, y persigo ahí el reflejo de la vida fastuosa y exuberante que ilustran para siempre, en su desierto palacio de los extramuros de

Moscú, todos esos difuntos de azur mirada.

Por supuesto que yo soy un favorecido por el milagro: un condenado arrojado como miles de otros en la hedionda fosa de la Historia, un condenado agonizante que finalmente ha podido sobrevivir. Para sorpresa suya, regresa de entre los muertos, poco a poco vuelve en sí, e incluso le autorizan a levantar la cabeza, a salir a la luz del día. De regreso entre los vivos, comenzó a existir como todo el mundo -casi como todo el mundo-, vio la ciudad, el cielo, el sol, empezó a preocuparse por los alimentos, la ropa, la vivienda, piensa en lo que va a hacer hoy, en lo que será. Pero, amigo mío, la muerte -aunque sea temporal- ¿pasa sin dejar huella? Mientras nosotros, los muertos vivientes, yacíamos en el fondo de la fosa, el mundo cambió de rostro. Digamos que en cinco años todo ha sido barrido, puesto patas arriba por una tragedia sin precedentes,

única en la Historia. Para hacerte una idea, imagina el mundo antiguo desapareciendo de un solo golpe, imagina un puñado de sobrevivientes enterrados bajo los escombros, bajo las inmisericordes hordas de los bárbaros y que, súbitamente, se despiertan doscientos o trescientos años más tarde: ¿qué hubiesen sentido esos resucitados? Ante todo, oh Dios mío, ¡qué soledad, qué inmensa soledad! Hace mucho tiempo, pues, que las quimeras del pasado comenzaron a obsesionarme. Habituándome a ser un vivo, un verdadero vivo que ha regresado de entre los muertos, descubría al mismo tiempo con desesperación los terribles cambios sobrevenidos en el país -naturalmente, no hablo aquí de los trastornos más manifiestos, aunque hayamos alcanzado ahí un grado irremediable de abominación-, y al abrir los ojos sobre el mundo que me circundaba, fue mi existencia de antes de la tumba lo que veía resurgir cada vez más

vivamente... Y la fatamorgana no ha hecho más que crecer: desde entonces estoy seguro de que el mundo de antaño al que he pertenecido no murió para mí, resucita y renace sin cesar, se convierte en mi único refugio, ¡un espacio de felicidad al que nadie puede tener acceso!

Sí, al atravesar Moscú, al abandonar la ciudad para este viaje, adquirí plena conciencia de los sentimientos latentes que me habitaban desde tiempo ha; comprendí que sin lugar a dudas pertenecía a otro siglo, a una época diferente, ¡medí el abismo que me separaba de todo este “desmadre” moderno y de todos estos individuos que ruedan en automóviles! Y además, recuerda la estación donde subí al tren, el vagón en el que a duras penas pude instalarme, mi vecino que bebía la leche por el gollete de la botella... Recuerda al profesor con sus bolsas, sus sueños científicos y el sendero forestal que siguió renqueando, ¡solo, patéti-

camente solo! Durante la breve parada en la estación donde descendió, volvi a descubrir, conmovido, las primeras impresiones del silencio campestre: ¡los bosques perdidos, el efluvio de los abedules y las flores, la brisa húmeda de la noche! ¡Dios mío, Dios mío, después de tantas pruebas atroces e interminables, encontrar la pureza sublime del silencio, el sol que se oculta tras el bosque, el sendero que discurre en el horizonte, los olores amargos y frescos, el dulce frío del crepúsculo... Sobre la plataforma del vagón, me sentía tan profundamente extraño en aquel tren "soviético", tan alejado de aquel mujik de deslucido pelo castaño que no dejaba de roncar, que me conmoví hasta las lágrimas. Soy un verdadero aparecido, escapé a la suerte de miles de otros que fueron torturados, masacrados, dados por desaparecidos, que se descerrajaron una bala en la cabeza o bien acabaron ahorcán-

dose; comienzo a vivir de nuevo e incluso, ves, también viajo. Pero ¿qué puedo tener en común con esta vida nueva que ha saqueado mi universo? En efecto, vivo, y a veces también -como ocurre en este momento- en un cierto estado de exaltación, ¿pero con quién y dónde?

La noche que pasé en las escalinatas de la posada también me sumió en un tiempo periclitado. Ya no se trataba de una noche de junio de 1923, sino de una noche de antaño. Los relámpagos, los truenos, el viento fresco precursor de tormenta pertenecían al pasado, me llevaban a un mundo desaparecido, junto a los muertos desvanecidos para siempre en su beatífica morada celeste. Y ahora el reino soleado de esos días de verano no deja de obsesionarme, con el palacio de la Bella durmiente del bosque hundido en la espesura, la entrada de los leones obstruida por las zarzas, las sombrías alamedas de abetos, los estanques arenosos cuyos

bordes con limo están poblados de aguzanieves, el lago cubierto de carrizo, la iglesia abandonada para siempre, y las salas del palacio, suntuosas y vacías, donde se apiñan los retratos de los difuntos...

¿Cómo explicarte mi arrebató cuando constaté hasta qué punto todo eso estaba vivo para mí? Ese éxtasis no me abandona.

¿Recuerdas el poema del que te mostré más arriba algunos versículos? Yo encuentro ahí una experiencia tan preciosa como la que acabo de vivir y que conservo como un tesoro en el fondo de mí mismo.

¿Recuerdas como acaba esa elegía donde Baratynski, abrumado por la pena y los duelos, vislumbra el Elíseo? Entre las ruinas y las tumbas, en el dominio natal dejado al abandono, siento -escribe él-, una presencia invisible; y "*esta Sombra del Leteo, esta Presencia*":

*Me predice con certeza el país
Donde encontraré la primavera
eterna,
Donde las huellas de la desdicha
serán borradas,
Donde bajo el follaje propicio de
las encinas inmortales,
Al borde de los arroyos de agua
viva,
Encontraré la sombra que me es
sagrada...*

El desastre que nos rodea es
indescriptible, ya no cuentan las
tumbas ni las ruinas: ¿qué nos
queda aparte de “las Sombras del
Leteo” y esa “primavera eterna”
que ellas nos anuncian con tanta
“certeza”?

Alpes-Marítimos,
5 de octubre 1923.

